



La “ecuación patriarcal”, la intolerancia y la cura

Alberto C. Cabral

La dupla pandemia-cuarentena, con su imposición de un repliegue obligado sobre el círculo íntimo conviviente, configura una coyuntura poco amistosa hacia las Otredades. Nuestras circunstancias parecen surcadas por la exacerbación de la intolerancia, la desconfianza y -en el extremo- formas variadas de violencia sobre los múltiples semblantes de la alteridad.

El asesinato de ciudadanos afrodescendientes indefensos en EEUU, seguidos de la represión brutal con que se intentó acallar las protestas; los episodios similares vividos en Brasil; la desaparición -en Argentina- de Facundo Astudillo y los varios asesinatos en dependencias policiales de jóvenes que integran la así llamada “población vulnerable” (vulnerable... al gatillo fácil), constituyen algunas de las expresiones más notorias de este fenómeno. Lo son, también, la multiplicación de las denuncias de violencia de género reportadas en este lapso por ONGs y oficinas gubernamentales de nuestros países.

En otro plano, el incendio del coche de un enfermero, las amenazas dirigidas a un médico infectólogo por parte del consorcio de su edificio, el escrache intimidatorio sufrido por la empleada de limpieza de un hospital del conurbano bonaerense, se inscriben en la misma tendencia y desnudan la contracara siniestra del aplauso que en los comienzos de la cuarentena se tributaba desde los balcones a los profesionales de la salud.

Constituyen emergentes de distinta envergadura, que parecen refrendar la sentencia de P.Valery: “La intolerancia, esa virtud terrible de los tiempos puros”. Valery la pronunció en su discurso de homenaje a Goethe en la Sorbonne, en 1932. A un año de la victoria electoral de Hitler, sobrevolaba ya en Alemania una exigencia de pureza que no iba a tardar en ensañarse con judíos, gitanos y comunistas. Una exigencia de pureza que, en los tiempos del Covid, vemos manifestarse en nuestros consultorios en la exacerbación (a veces hasta el ridículo) de rituales de cuidado y prevención en algunos pacientes obsesivos: constituyen la expresión singular de comportamientos (anti)sociales como los que evocamos al comienzo.

Se trata, en todos estos casos, de la intensificación de la intolerancia dirigida sobre depositarios de una Otredad que hace más visible su condición *Unheimlich*: en los rostros del virus y de sus transmisores potenciales, de los judíos o de los comunistas en la Alemania nazi, de los negros en EEUU y Brasil, de los “cabecitas” en Argentina. Las cruzadas contra la insalubridad o la impureza (racial, ideológica), activadas por una coyuntura enrarecida que se torna amenazante, exacerbaban un goce de la exclusión que -



con racionalizaciones diversas- se ensaña sobre objetos cuya eliminación alimenta la ilusión de un retorno a los “tiempos puros”.

El registro de estas expresiones crudas de intolerancia suele promover -algunos comentarios de colegas en la *Red Caliban* son un buen ejemplo- un efecto de decepción y desencanto en relación a la integridad ética de nuestras comunidades. Es que no suponíamos que con tanta facilidad pudiera “surgir el tártaro al rasgar la piel del ruso”.

Sin embargo, desde otra perspectiva... son observaciones que permiten constatar que nuestros congéneres, como decía Freud, no cayeron -en verdad- tan bajo, porque en realidad nunca estuvieron tan alto como ilusionábamos. Las reacciones que nos preocupan y que rechazamos están lejos de ser “regresiones” a estadios de barbarie y salvajismo. Constituyen, en cambio, testimonios de la precariedad estructural de la moralidad del neurótico, asentada en la represión y -por eso mismo- expuesta a los retornos de su tercer tiempo. Dan cuenta, entonces, de los avatares propios de la “hipocresía cultural”.

Umberto Eco denominó “intolerancia espontánea” al registro que confiere “un carácter desagradable a la experiencia de *lo diferente*”: de *la Otredad*, en términos de nuestro Conversatorio. Y continúa: “La intolerancia más peligrosa es siempre la que nace de impulsos elementales, al margen de toda doctrina, y allí radica la dificultad para aislarla y refutarla con ayuda de argumentos racionales”. Una observación que podemos corroborar: convencer a un antisemita recalcitrante de la necesidad de sus fundamentos es una tarea imposible.

Pero: ¿es “espontánea” la “intolerancia espontánea”? Mi impresión es que Freud nos procuró una orientación que echa luz sobre sus fundamentos neuróticos y -por lo tanto- sobre su carácter de construcción sintomática. Es una distinción crucial: permite rectificar el efecto de “naturalización” que promueve la supuesta “espontaneidad” atribuida a la intolerancia.

Al abordar el “tabú de la virginidad” y los múltiples preceptos de evitación que abarca, Freud los reconduce al “horror” y la “desautorización” propios del posicionamiento neurótico ante la mujer. Un “horror” -dice- que se funda en que “ella es *diferente* al varón, eternamente *incomprensible y misteriosa, ajena* y por eso *hostil*”.

Reagrupemos los términos de lo que ahora llamaré (parafraseando su conocida “ecuación simbólica”) la “ecuación patriarcal” freudiana. Parece claro que la condición diferente, ajena y por eso hostil atribuida a la mujer, la ubica -en la reflexión freudiana- como un operador teórico de la diferencia. Esto es, en la referencia privilegiada con que intentó afrontar los desafíos teórico-clínicos que la categoría de “diferencia” plantea a nuestra práctica: en el terreno de las posiciones sexuadas... y también en el político-ideológico.

Aquí tocamos algunas de las tribulaciones a las que nos expone la clínica en esta época de intolerancias exacerbadas. ¿Cómo sostiene su condición de analista, un practicante que se identifica con el gobierno actual, ante el discurso virulentamente opositor de un analizante macrista? Y a la inversa: ¿cómo sostiene su condición de analista un profesional que se reconoce opositor, y que recoge de su analizante un discurso de respaldo cerrado y beligerante a las políticas del gobierno actual?



Considero que la adscripción político-ideológica de cada quien, es el resultado de una “ecuación personal” de la que participan múltiples factores. Algunos de ellos son potencialmente accesibles al trabajo analítico: es el caso de las identificaciones y transferencias múltiples acumuladas en la propia historia, así como del prestigio íntimo de relatos que permitieron encuadrar simbólicamente acontecimientos de la propia vida y de los ancestros. Son dimensiones que pueden “entrar en conversación” en la cura, en la medida en que el analista pueda hacerse portavoz del malestar subjetivo que promueven... y que su formación le permita resignar la condición de portavoz de las propias identificaciones, que podrían impulsarlo a reclutar a su analizante para “la buena causa”.

Pero -como en toda elección- debemos incluir además una dimensión de *gusto*: a-conceptual, singular e intransferible. Es el punto en el que encalla toda discusión política llevada al extremo: revela entonces un costado tan absurdo como el intento de convencer a un devoto del *Malbec* de las virtudes sublimes de un *Cabernet*. Es, también, el punto en que deja su marca esa “insondable decisión del ser” (Lacan, 1946) en que reposa toda elección. Y que hace de ella una opción inaprehensible de deseo: en tanto tal, amerita -en la cura- un alojamiento respetuoso, que la coloque al abrigo del forzamiento del Otro.

Para el analista, entonces -y esto es parte de la *epojé* (suspensión del juicio) que particulariza su posición- no hay ideologías *a-priori* “sanas” o “patológicas”, que harían de algunas de ellas un objeto obligado de trabajo analítico. Aquello que sí es objeto de nuestra incumbencia, es la posición subjetiva particular desde la cual el analizante, en algunos casos, sostiene sus adscripciones.

Ocurre que los valores y contenidos que dan consistencia a una ideología, están siempre expuestos a un deslizamiento fundamentalista. Es que el ideal, por su *dobles carácter* de promotor no sólo de la represión, sino también de los retornos de goce que alienta en su tercer tiempo... es portador de lo que llamaremos un *potencial fundamentalista*, que puede traccionarlo -en el extremo- a la órbita del superyó. Tanto más, cuanto que la *Zeitgeist* (“espíritu de la época”) incita ese deslizamiento.

Intentemos precisar el *sendero lógico* que lo sostiene. Es que toda ley -aun la más justa- está expuesta al riesgo de deslizarse, en el nivel de su enunciado, desde la *afirmación de un universal* (por ejemplo: *todos los argentinos deben profesar los ideales democráticos*)... ¡hacia la *negación de la existencia del particular* que lo contradice! (*no puede existir un argentino que no los profese*). Y todos sabemos que en la brecha entre uno y otro enunciado... el imperativo superyoico de pureza puede alojar treinta mil desaparecidos.

Mi experiencia, también, es que más allá de su abordaje específico, las manifestaciones ideológicas de intolerancia suelen beneficiarse de los efectos “por añadidura” de la cura. Es aquí donde cobra valor la condición neurótica que Freud destaca en su “ecuación patriarcal”. Las elaboraciones y rectificaciones de goce que permite la cura, permiten un esmerilamiento progresivo de la premisa neurótica: “diferente, ajena y *por eso* hostil”.

Una premisa en la que el “por eso” imprime la marca de una implicación lógica, al estilo de la conclusión de un silogismo: *si ajena, entonces hostil*. Desarticular la soldadura



firme que el neurótico establece (y que nuestros tiempos refuerzan) entre lo diferente y lo hostil es un efecto esperable de la cura. Y constituye un aporte no desdeñable (en la perspectiva del caso por caso y sus efectos de resonancia) al esfuerzo compartido por “hacer más salubre” el lazo social contemporáneo.

Bibliografía

- Cabral,A.(2018): Usos y destinos del goce de la exclusión. *Revue Francaise de Psychanalyse. Tome LXXXII-4. Octobre 2018.*
- Eco,U.(1997): Definiciones lexicológicas. Intervención en el *Forum* Mundial sobre la intolerancia, Unesco, 1997. En *Coloquio sobre la intolerancia*, Granica, Barcelona, 2002 (pp.17/19).
- Freud,S.(1916): Sobre guerra y muerte. A.E., A.E., XIV,
(1918): El tabú de la virginidad. A.E.,XI, p.194/5.
- Lacan,J.(1946): Acerca de la causalidad psíquica. Escritos 1, Argentina, Siglo XXI, 1988, p.168.
(1972/3): Seminario XX: *Aún*. Clae del 13/3/1973. Paidós, Bs.As., 1985.
- Viereck,G.S.(1927): Entrevista a S.Freud. *The Penguin Book of Interviews. An Anthology from 1859 to the present days*, Unidres, Ed. C. Silvesier, 1994. Traducción del inglés: Beatriz Castillo para la revista "Conjetural".